

EDITORIAL

SALAS DE CONCIERTOS

Todo aficionado a la música habrá podido experimentar con satisfacción en los países de vieja cultura, que las actividades propias de este arte se desarrollan en locales aptos, expresamente contruidos para estos fines. Lo que tiene mucha mayor importancia de lo que a primera vista parece. Quien haya estado en cualquier capital europea o haya recorrido los Estados Unidos de Norteamérica, habrá constatado cuánto cambia el ambiente, cómo crece el respeto por la música y se hace perfecta la organización de los conciertos cuando éstos son dados en salas consagradas a ellos. Todo parece armonioso; desaparece el sello de «espectáculo» para cimentarse el hecho de que las salas musicales son verdaderos templos artísticos en que la música se halla situada con plena dignidad en el lugar que le corresponde. Las salas de conciertos, por su prestigio tradicional, ostentan nombres que por sí solos bastan para señalar la escala de valores de los artistas. ¿Quién no sabe lo que significa haber actuado en el viejo Gewandhaus de Leipzig, en el Albert Hall de Londres, en el Augusteo de Roma, en el Carnegie Hall de Nueva York o la Salle Pleyel de París?

La existencia de salas de conciertos, diferentes y aparte por completo del concepto de los teatros, adquiere caracteres de necesidad imperiosa cada vez que la vida musical de un país toma la envergadura de seriedad que es síntoma de su madurez. Nuestro ambiente chileno, creemos, ha llegado ya a esta etapa y reclama con urgencia locales adecuados para la música; auditorios en que la acústica sea apropiada, en que no haya más que aquello que la música necesita y adonde puedan concurrir grandes masas de público, porque las manifestaciones musicales no son únicamente para los adinerados o para los pocos hombres de suerte que logran vencer en la lucha titánica que representa la adquisición de las escasas localidades baratas existentes en nuestros reducidísimos teatros. Si pensamos en el panorama que ofrece la actividad de conciertos en lo que respecta a sus locales, debemos reconocer que vivimos tan atrasados como para que se nos pudiera negar todo el progreso hecho en los últimos veinte años.

En Chile hay una multitud de teatros, cada día se alzan construcciones de este género más y más suntuosas, casi no hay volumen grande de edificios que no se estudie con el consabido teatro en algún sitio. Hasta hemos visto construir teatros uno casi al lado

del otro. Todo esto, ¿para qué? Inevitablemente para el cine. Para ese arte nuevo trocado en verdadero vicio de la época, ya que el porcentaje de obras artísticas que ofrece es bien pobre frente a la explotación comercial de un público que pide en qué distraerse. El cine es magnífico como posibilidades, como riqueza de novedosas realizaciones, pero ha venido a resultar una sangría más en el terreno económico, una esclavitud imperiosa de los países pequeños tributarios de los grandes consorcios de Hollywood (*). Para el teatro hablado, con el cual no tiene nada que ver, y para la música, el cine ha venido a ser un enemigo incompetible: ¿quién pensará en destinar capitales a la construcción de teatros o de salas de conciertos si con un cine se obtiene un rendimiento pingüe y en él basta hacer funcionar una máquina para que, como nos dijo un empresario, lo «actores en conserva» salgan a escena, representen y «den dinero sin molestar»?

Tenemos a lo largo del país una extensa cadena de cines que se agrupan en «circuitos». Algunos de esos cines están adaptados a las salas de viejos teatros para comedias; otros, realizados como modernas construcciones en las que se ha evitado cuidadosamente toda posibilidad de utilización ajena al biógrafo. Para la música no hay locales; absolutamente ninguno, ni en Santiago ni en el resto de Chile. La magnífica sala de la Universidad Federico Santa María, en Valparaíso, es tal vez la única que hasta ahora no ha sido comercializada y que, situada por desgracia entre dos ciudades, no podrá desempeñar el papel que nosotros deseáramos y que, por lo demás, seguramente no es aquél en que pensaron sus creadores al hacerla Aula Magna de una Universidad.

Los teatros municipales mismos, esos que la ley que creó el Instituto de Extensión Musical imaginó al margen del comercio y por lo tanto al alcance de las actividades culturales, son otras tantas fuentes de ingresos de las municipalidades. En casi todo Chile, han sido dados en concesión a empresas de cine, con alguna cláusula, destinada a cubrir las apariencias, favorable a la municipalidad respectiva, para un uso muy limitado.

El problema, pues, se presenta con caracteres graves. Nuestra experiencia nos permite afirmar que cada día comprobamos peor voluntad en los administradores teatrales para acoger cualquier manifestación artística que no sea cine. La Sociedad de Autores Teatrales inició una campaña no hace mucho para obtener la construcción de un teatro para dramas y comedias; el Teatro Experimental de la Universidad de Chile clama por una sala en donde sus conjuntos puedan actuar. Nosotros, los músicos, debemos sumarnos a ese clamor contra un estado de cosas que amenaza con ahogar todo espectáculo que no sea el cine, toda manifestación musical o artística que no venga mecanizada en las películas.

(*) Para ilustrar la certeza de esta afirmación, sirva el siguiente dato: anualmente Chile paga a las empresas de Hollywood en concepto de «royalty», es decir, aparte de las gruesas sumas que representa el arriendo de las películas, veinte millones de pesos.

Si la situación en el país, en general, es de total abandono para lo que no sea cine, habría de pensarse que tal vez en Santiago, capital de la República y sede de una activa vida de conciertos, las cosas estarían mejor encaminadas. Debemos decir con franqueza que aquí no sólo no estamos mejor, sino acaso peor, por cuanto las actividades en competencia son mayores y más dura la lucha para abrirse camino.

El único teatro no comercializado por el cine, aparte de una que otra temporada dramática ofrecida en salas conseguidas con dificultad, es el Teatro Municipal. Todas las declaraciones y proyectos del Banco de Chile, cuando anunció que construiría una verdadera Sala Pleyel en el Teatro Central y pidió los planos al mismo M. Gustave Lyon, que calculó el auditorio parisiense, han quedado reducidos prácticamente a nada. No hay en esta institución, como en ninguna otra entidad capitalista chilena, sentido alguno de sus deberes para con la colectividad, de lo que exige su posición privilegiada para hacerse disculpar tanta riqueza con obras de bien público. Lo mismo el Teatro Central que más tarde el Cervantes, han sido absorbidos por él negocio del cine y cada año hay mayores tropiezos para emplearlos en lo que el entonces Presidente del Banco, don Pedro Torres, deseaba y anunció públicamente.

Junto a estos teatros estaba el Real, donde se hicieron temporadas de conciertos sinfónicos; el Victoria, el Comedia, en donde la Sociedad Bach actuó muchas veces. ¿Qué fué de todo esto? Nuevamente el cine hizo desaparecer la posibilidad de usar estas salas con otros fines artísticos, en forma tal que, con un número inmensamente mayor de teatros que los que había en 1932 ó 1934, por ejemplo, hoy nuestra orquesta y los concertistas no disponen de otro local para sus actividades que no sea el del Teatro Municipal. En donde, por otra parte, se ha alojado una empresa importadora de espectáculos que ha rebajado lo que fué nuestra «Gran Opera» al nivel de los teatros de tercer orden, en donde se presentan operetas, zarzuelas y espectáculos muy cercanos al género de la revista y del music hall.

El concertista chileno ha sido la primera víctima: ha desaparecido. ¿Quién se atreve a presentarse, a soportar los bochornos humillantes de mendigar una sala y tener que «mover empeños» para obtenerla, para después sufrir el malhumor de los empresarios, quienes no ven otra cosa que una calamidad en la acogida dispensada al pobre pianista o cantante oriundo del país? El Instituto de Extensión Musical tiene toda suerte de dificultades para asegurarse unas cuantas fechas, que se le acuerdan como por favor. Sufre a continuación la desagradable campaña de los empresarios, que obstaculizan a los artistas chilenos so pretexto de que «todas las fechas» han sido tomadas por el Instituto. Así hemos venido a servir de cómoda pantalla para la molesta situación.

Sin embargo, la actividad musical del país crece de día en día y tendrá que crecer aún mucho más. América Latina se ha incorporado ya efectivamente al mundo artístico internacional. Chile empieza

a ser conocido como nación que posee instituciones musicales sólidas. Pero es evidente que no se puede pretender hablar de vida musical del futuro sin pensar en todo el país, sin recordar que la capital no debe absorber toda la energía de nuestras organizaciones. Ahora bien, todo ese futuro y ese desarrollo lógico vendrán a quedar limitados y comprometidos por la ausencia de salas de conciertos.

Una crítica que se hace frecuentemente, y no sin razón, a las actividades de nuestro Instituto de Extensión Musical, es el alto precio de las entradas a los conciertos. Los locales de que éste puede disponer, especialmente el Teatro Municipal de Santiago, son tan de poca capacidad, que los gastos generales imprescindibles de los mismos conciertos los encarecen en forma tal que resultan fuera del alcance del auditor medio. Hay que recurrir entonces a establecer escalas de conciertos, especie de división de clases, que buena está para una diversificación educacional de ellos, pero no para dejar prefijado que audiciones de ésta o la otra clase son para los ricos o para los que no lo son. Estos últimos, por lo demás, como ya hemos dicho, no pueden ser admitidos sino en pequeño número por el reducido número de localidades menos caras existentes en nuestros teatros actuales. Si la capital de la República siquiera, tuviese una sala adecuada, todos estos inconvenientes cesarían, ya que el Instituto no es una organización comercial y únicamente busca, al verse obligado a elevar los precios, financiar lo que no es precisamente de su capacidad por el momento, como es la traída a Chile de artistas extranjeros.

La situación, como ha podido verse, es harto grave: mientras se ha desarrollado una cultura musical de magnitud creciente, la disponibilidad de salas ha disminuído; mientras la música ha progresado y el público se ha hecho más y más exigente en cuanto a la preparación de los conciertos, éstos se hallan en abierta lucha con el cine que los hostiliza y los obliga a existir como alojados en teatros en donde se resume y compite todo aquello que la voracidad comercial de los capitalistas no deja vivir porque no rinde suficiente interés para Hollywood.

Este problema muy agudo y descorazonador se toca directamente con otro que señalamos en el N.º 6 de esta Revista: el de la construcción de un edificio para el Conservatorio, que le permita desarrollar con plena eficacia sus funciones al cumplir su primer centenario, dentro de tres años más. Hablamos mucho de cultura musical, nos enorgullecemos de la Orquesta y del Ballet, hablamos de que el público es refinado y, sin embargo, no ha llegado esta cultura hasta golpear la conciencia de nuestros millonarios, tan nulos como filántropos, ni hasta interesar al Gobierno en una iniciativa mucho más urgente y útil que tantas otras en que se gastan altísimas sumas. Es hora, pues, de dedicar nuestra energía a resolver el problema de los edificios para la música, de independizarlos de teatros inadecuados en donde se nos confunde con cuanta cosa existe y en donde, en definitiva, constituímos la especie bien desairada de alojados indeseables.

D. S. C.